

Formación **Permanente** **2021**



Convocados a la solidaridad.

**El voluntariado misionero,
factor de diálogo universal.**



**CONVOCADOS A LA SOLIDARIDAD.
EL VOLUNTARIADO MISIONERO, FACTOR DE
DIÁLOGO UNIVERSAL**

Cada año, miles de personas, en su mayoría jóvenes, se desplazan a países y contextos sociales de pobreza y exclusión para vivir una experiencia de misión, acogidos por una parroquia, comunidad religiosa, diócesis. Es una experiencia en auge, a la vez que una interpelación constante a la Iglesia, pues las instituciones eclesiales han de estar abiertas a esta sensibilidad y deben fomentar cauces de comunicación viable, si quieren dialogar con la cultura actual y de una manera universal. Porque la solidaridad no entiende de fronteras religiosas ni institucionales.

Es verdad que, en su mayoría, se trata de experiencias breves de unas pocas semanas, si bien algunos estarán un año o más. En ocasiones, dichas experiencias son realizadas de forma individual y sin el amparo de una organización, por la relación o conocimiento personal entre la persona que la acomete y la que la acoge. Sin embargo, en la mayoría de los casos son promovidas por diócesis, parroquias y, sobre todo, por ONGs de Iglesia.

¿Es posible encauzar un verdadero compromiso cristiano a través de estas experiencias? O ¿es posible derivar hacia un compromiso cristiano auténtico a partir de una de estas experiencias, de forma que el espíritu oblativo que experimentan tantas personas se abra y dialogue con la trascendencia? ¿Es posible conocerlas en profundidad para dialogar con la cultura y sensibilidad de nuestro tiempo?

Mi respuesta es rotundamente afirmativa. Estas experiencias misioneras siempre sacuden, cuando no revuelven, nuestro interior, y esa afectación de la vida personal puede (*debería*, desde la perspectiva de la organización que las propone) conducir al compromiso cristiano, a la vez que son vehículo de interrelación y comunicación.

He preferido desvelar directamente la conclusión final para, desde ahí, centrarme en cuándo y cómo las experiencias misioneras tienen mayores posibilidades de transformar la vida de quien las hace e impulsarlo al compromiso.

Mi respuesta afirmativa a las preguntas anteriores está basada en mi propia experiencia de más de veinte años organizando y llevando a cabo este tipo de experiencias misioneras. Los datos emanados de la realidad, a través del seguimiento y estudio post-experiencias que realizan las organizaciones que las ofrecen, efectivamente determinan que las experiencias misioneras están conduciendo a la asunción de un compromiso cristiano, mas en un porcentaje no superior al 40% y, para muchas organizaciones, en proceso decreciente.

Por eso resulta crucial reflexionar sobre las condiciones y características que deben darse en la persona que hace la experiencia, en la organización que la promueve y en la propia experiencia propuesta, para que sea verdadero germen de compromiso misionero.

Sin embargo, creo necesario, antes de entrar en esta reflexión, aclarar a qué me referiré con el uso de algunos conceptos que son de uso tan extendido que muchas veces, dentro del contexto eclesial y en la sociedad en general, no significan lo mismo.

ALGUNAS DEFINICIONES PREVIAS

Las definiciones que se enuncian a continuación no pretenden ser definiciones definitivas, ni mucho menos algo que deba ser compartido por todos, sino simplemente cómo entiendo estos conceptos y distingo entre ellos.

Misión: Me referiré a este término durante todo el texto como “la acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo, que son una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia”, tal y como fue declarado por el Sínodo de obispos de 1971.

Experiencia misionera: Se trata de una actividad promovida por una entidad, entre cuyos fines se encuentra la acción misionera (incluyendo en ella la cooperación al desarrollo) que se realiza en un país de misión (principalmente un país empobrecido) donde la entidad está presente, que puede realizarse en equipo o individualmente y en el que la persona que la realiza se integra mediante una tarea concreta, previamente establecida, en la labor misionera de la entidad en ese país.

Turismo solidario: Se trata de una actividad de ocio alternativo o no convencional, que puede ser promovida por una entidad entre cuyos fines se encuentra la acción misionera, pero también puede ser pergeñada por otro tipo de organizaciones o por el/los propio/s sujeto/s que realiza/n la actividad, que se desarrolla en uno o varios países del Sur (principalmente países empobrecidos), que se realiza generalmente en grupo y en el que la persona visita y conoce de primera

mano, lugares, personas y actividades que están relacionados con el trabajo misionero o social¹.

Voluntario: Es aquel que no recibe remuneración por la labor que realiza. Su vínculo con la organización en la que trabaja es su propia voluntad, que le lleva a comprometerse. Se trata, pues, de un vínculo que podemos considerar “inseguro”. Según esta definición, no se considera voluntario a aquel que realiza la actividad individualmente, sin integrarse en una organización.

Cooperante: Es aquel que recibe un salario por la labor que realiza. Su vínculo con la organización en la que trabaja es un contrato laboral. Se trata, pues, del vínculo habitual en la sociedad de mercado en la que vivimos.

Misionero: Es aquel que se ha integrado en una organización o estructura con una identidad y carisma determinados, para vivir su opción de vida. Esta organización le sustenta y el vínculo que establece con ella, que puede expresarse de distintas formas documentales, responde a una opción de vida definitiva.

Como se observa, los tres últimos términos, más que definirlos, lo que se ha hecho es diferenciarlos para que sean fácilmente identificables en la práctica. Esto es importante, ya que, en el momento actual, resulta difícil establecer diferencias entre ellos en atención a la labor concreta que se realiza, que perfectamente puede ser la misma.

CARACTERÍSTICAS RELEVANTES DEL CONTEXTO SOCIAL

Una vez establecido a qué me refiero en adelante al utilizar cada uno de estos conceptos, dedicaré un breve comentario a los aspectos más relevantes del marco social en el que están inmersas tanto las personas que se acercan a estas experiencias como las organizaciones misioneras.

El primer aspecto de relevancia es que la solidaridad y el voluntariado están de moda. En este sentido existe un empuje de la sociedad que favorece la adopción de actitudes y compromisos solidarios. Está por tanto bien visto socialmente, hay un reconocimiento social hacia las personas y, en menor medida, hacia las organizaciones solidarias. Por el contrario, se ha generalizado el uso de la palabra solidaridad, hasta utilizarlo para casi cualquier cosa: la limosna, la benevolencia, la beneficencia se expresan como solidaridad, y también hay actividades comerciales “solidarias”, marketing solidario o con causa, telemaratones solidarios... Por eso no me parece de más volver a recordar aquí que la solidaridad es “la firme y constante

¹ La frontera entre la experiencia misionera y el turismo solidario no suele ser tan clara como se muestra en las definiciones aportadas. Por eso se han acuñado coloquialmente entre las organizaciones promotoras de experiencias misioneras términos tales como “turismo pastoral” o “brigadas de trabajo”.

determinación de empeñarse por el bien común”, en palabras de Juan Pablo II. Como se ve, no es cualquier cosa, ni mucho menos fácil o cómoda.

El segundo aspecto a tener en cuenta es que los poderes públicos en nuestra sociedad están promocionando activamente el voluntariado y lo que han dado en llamar el “Tercer sector”, en el que quedarían incluidas las organizaciones misioneras. Lo bueno es que un actor social principal como el Estado apoya a las personas que quieren trabajar por la misión y a las organizaciones misioneras. Especialmente importante es este apoyo en lo relativo a las condiciones de cobertura legal, sanitaria, etc. en que se realizan estas experiencias, oportunidades de formación, de intercambio de experiencias, de divulgación y de difusión. Lo preocupante es que el Estado, al realizar esta política decidida de apoyo, contribuye a garantizar la pervivencia del modelo de sociedad de mercado en que vivimos, y controlar y orientar el afán solidario de las personas.

El voluntariado y las organizaciones del Tercer Sector presentan la “cara amable” del sistema. Mediante su orientación “cubren” las deficiencias asistenciales del “Estado del Bienestar” y, a través de su control, se limita su capacidad de transformación real de la sociedad.

De otra parte, los poderes públicos, a través de la regulación de la actividad, condicionan y orientan lo que se entiende por voluntariado y las actividades que estos pueden desarrollar. También priorizan unos sectores o problemáticas sociales, a veces con la perspectiva de corto plazo que marca la conveniencia política. Para todo esto el Estado emplea, en la más pura lógica del mercado, mucho dinero.

El tercer aspecto que me gustaría destacar es la laicización de la sociedad. El hombre prescinde cada vez más de Dios. Esta imparable dinámica que penetra la sociedad en todos sus aspectos y facetas, en la educación, en la expresión cultural y artística, etc. trae como consecuencia una disminución constante de las vocaciones a la vida consagrada y un interés cada vez mayor por la participación en actividades solidarias como medio de llenar el vacío que produce en el hombre la renuncia a su ser trascendente. Una dimensión que le es consustancial.

La ausencia de Dios en la vida de las personas hace que estas acudan en gran número, empujadas también por la corriente social imperante, hacia las actividades solidarias como lenitivo del vacío personal. Las organizaciones eclesiales están acogiendo, pues, entre su voluntariado cada vez a un mayor número de no creyentes, lo cual las enfrenta a una situación nueva que exige reflexión y decisiones.

Un cuarto aspecto, propio de la sociedad actual, que mediatiza enormemente la relevancia de estas experiencias misioneras para mover a la transformación personal y al compromiso, es la cultura de lo efímero y la inmediatez. Para explicar a qué me refiero, me permito reproducir aquí unas acertadas palabras de José A. Pagola. Según él, en la sociedad actual se ha

institucionalizado el consumo, la seducción de los sentidos, la variación rápida de formas, la proliferación de nuevos modelos, la creación a gran escala de necesidades artificiales, la organización social de la apariencia, en definitiva, la generalización de lo efímero. Se cultiva el gusto por lo nuevo y diferente más que por lo verdadero y bueno. Las conciencias se mueven bajo el imperio de lo superficial y caduco.

La dictadura de la moda crea todo un estilo de vivir en la movilidad y el cambio permanente. Se cambia de televisor o de coche, pero se cambia también de pareja y de manera de pensar. Nada hay absoluto. Todo es efímero, móvil e inestable. Crece la inconsistencia y la frivolidad. Lo inmediato prevalece sobre la fidelidad. Se vive la ideología de lo espontáneo. Nada permanece, nada se enraíza. Decae la pasión por las grandes causas y crece el entusiasmo por lo pasajero. Esclavo de lo efímero, el ser humano no conoce ya nada firme y consistente sobre lo cual edificar su existencia.

La cultura moderna se convierte así en una cultura de la “intranscendencia”, que ata a la persona al “aquí” y al “ahora” haciéndola vivir solo para lo inmediato, donde difícilmente cabe el compromiso. Es una cultura del “divertimiento” que arranca a la persona de sí misma haciéndola vivir en el olvido de las grandes cuestiones que lleva en su corazón el ser humano.

Finalmente, un quinto aspecto de relevancia es la disminución de las vocaciones a la vida consagrada, principal depositario, aunque no único, del apelativo misionero. Este descenso tiene entre una de sus causas en las sociedades actuales, especialmente en los países avanzados, la anteriormente mencionada laicización de la sociedad.

Querámoslo o no, este hecho produce en las organizaciones eclesiales, y también en las misioneras, una urgencia por garantizar el futuro de las “obras” misioneras (más que de la propia misión) a través de los laicos, algo que está muy presente en el acercamiento a estos por medio, aunque no solo, de las experiencias misioneras.

En este sentido, hay congregaciones misioneras (principalmente masculinas) que, ante la falta de vocaciones nativas, en la cantidad y “calidad” que esperaban, y el envejecimiento de los misioneros, sin posibilidad de apelar a las generaciones posteriores de consagrados, están realizando prospectivas de futuro en las que concluyen que la obra misionera, tal y como la conocemos, es decir, sostenida en lo fundamental por europeos o americanos, no tendrá vigencia en muchos lugares del mundo, y particularmente en África, más allá de los próximos 10-20 años.

Al mismo tiempo perciben que sus consagrados nativos no podrán asumir la “obra” en ese breve plazo y, por tanto, es necesario buscar una solución adecuada que permite alargar el periodo de adaptación que estos precisan.

Una de las soluciones que aparecen con fuerza consiste en poner en marcha programas a medio-largo plazo, que permitan la participación de los laicos, sea como voluntarios, sea como cooperantes. Desde la perspectiva de estos análisis, esto permitiría alargar el periodo necesario de transición-reestructuración quizá otros diez años más.

Como se ve, los elementos del contexto refuerzan, sin duda, la necesidad de reflexionar sobre las experiencias misioneras que estamos ofreciendo, incluso más

allá de que estas conduzcan o no al compromiso misionero. Para mí, desde luego, son las propias estructuras de la misión las que están en el debate.

Veamos a continuación qué experiencias misioneras estamos ofreciendo las estructuras eclesiales, en general, y la familia agustina recoleta, en particular.

¿QUÉ EXPERIENCIAS MISIONERAS OFRECEMOS?

Podría referirme aquí a la oferta propia de ARCORES, pero me parece más pertinente hacerlo trayendo aquí las tipologías que se recogen en el Documento Marco del Voluntariado de REDES².

Voluntariado internacional que no precisa de una continuidad temporal

Existen experiencias en las que la responsabilidad que se encomienda a la persona voluntaria no precisa de una continuidad temporal, más allá de un período relativamente corto. Normalmente estas experiencias no superan una duración de seis meses y en su mayoría suelen realizarse coincidiendo con el periodo de las vacaciones estivales.

En este tipo de experiencias, el objetivo principal no es tanto la ayuda concreta que vaya a poder darse durante ese corto período de tiempo, sino la toma de conciencia de una realidad casi desconocida para la persona voluntaria, y que la impulsa a tomar decisiones que pueden llevar a un cambio de vida. Un ejemplo de este tipo de voluntariado internacional podría ser el de un campo de trabajo (suelen hacerse en verano, pero puede ser fuera de esta época). Durante este período, la persona voluntaria se incorpora a unas actividades concretas que se vienen desarrollando antes de su llegada y que, muy probablemente, se seguirán desarrollando tras su marcha. En este caso la experiencia misionera se realiza en grupo.

Otro tipo, especial, de voluntariado internacional, que no precisa de una continuidad temporal, sería el caso de un servicio muy concreto, que tiene una duración muy determinada y un objetivo muy específico (impartir un curso corto, dar una asistencia técnica concreta, etc.). En este caso, el objetivo principal sí sería la ayuda concreta que va a prestar la persona voluntaria, y la experiencia suele ser individual.

Condiciones orientativas para este tipo de experiencia misionera serían:

- Ser mayor de 18 años.
- Tener una personalidad equilibrada.
- Tener madurez afectiva.

² REDES: Red de Entidades para el Desarrollo Solidario. Es una agrupación constituida en la actualidad por 47 organizaciones activas en Cooperación al Desarrollo, en su mayoría vinculadas a congregaciones religiosas.

- Ser tolerante, honesto, con sentido común y espíritu abierto, y con energía para hacer frente al cansancio, así como a los cambios y fracasos.
- Tener disposiciones para el trabajo en grupo.
- Participar activamente en las actividades de formación que, a ese fin, se desarrollen en la organización que le envía.
- Manifestar un respeto hacia los valores y creencias tanto de la organización que le envía como de la organización que le recibe.
- Comprometerse a regresar una vez finalizado el período de tiempo establecido.
- Comprometerse a participar en la evaluación de la experiencia.

Voluntariado internacional que sí precisa de una continuidad temporal

Por otro lado, existen experiencias en las que la responsabilidad que se pretende encomendar a la persona voluntaria sí precisa de una continuidad temporal mínima, que va más allá de un período relativamente corto. Este tipo de voluntariado, debido a la mayor continuidad temporal que tiene, facilita una mayor integración en su destino y posibilita la asunción de responsabilidades, que requieren de una continuidad temporal.

Esta experiencia suele realizarse individualmente y su duración está ligada con la tarea específica que se va a realizar. Normalmente es de, al menos, un año de duración.

Ejemplos de este tipo de experiencia misionera podrían ser incorporarse como profesor a un centro educativo, como personal sanitario en un programa de salud o realizar la gestión de proyectos de desarrollo.

Condiciones orientativas para este tipo de voluntariado serían:

- Ser mayor de 22 años.
- Tener una personalidad equilibrada.
- Tener una madurez afectiva.
- Ser tolerante, honesto, con sentido común y espíritu abierto, y con energía para hacer frente al cansancio, así como a los cambios y fracasos.
- Participar, activamente, en las actividades de formación que, a ese fin, se desarrollen en la organización que le envía.
- Ser poseedor de un título académico o de una capacitación profesional, de acuerdo a la actividad que va a desarrollar.
- Mostrar capacidad suficiente para asumir la responsabilidad que se le encomienda.
- Manifestar un respeto hacia los valores y creencias, tanto de la organización que le envía como de la que le recibe.
- Haber vivido antes alguna experiencia de voluntariado, preferiblemente en algún país de misión.
- Comprometerse a regresar una vez finalizado el período de tiempo establecido.
- Comprometerse a participar en la evaluación de la experiencia.

En la gran mayoría de organizaciones, la presente oferta permite la incorporación tanto de personas creyentes como no creyentes, pero en ambos casos y para ambos tipos de experiencias hay un objetivo común, más allá de la labor que se realiza, que es lograr que, tras la transformación vital propiciada mediante la experiencia de voluntariado, estas personas se conviertan en agentes sensibilizadores de su entorno familiar, laboral y amical, ejerciendo así un efecto multiplicador de transformación social.

De ser agentes sensibilizadores a llegar al compromiso misionero o social, que sería el propósito último de las experiencias misioneras, hay un trecho, que la persona cubre si encuentra las condiciones oportunas para ello, que en buena medida pueden facilitarse, como veremos, por la organización que oferta la experiencia.

ASPECTOS CLAVES PARA QUE UNA EXPERIENCIA MISIONERA CONDUZCA AL COMPROMISO

Entramos de lleno en el nudo gordiano de la reflexión. Se trata de identificar las cuestiones claves para que las experiencias misioneras tengan la mayor probabilidad de mover al compromiso misionero. Igualmente, estas claves servirán para limitar, en lo posible, los no pocos, ni pequeños, efectos negativos que tienen las malas experiencias misioneras, tanto para la persona que las hace, como para la organización o comunidad que acoge y para la entidad que las promueve.

Una mala experiencia misionera normalmente produce en la persona un rechazo que la hace rehuir cualquier compromiso posterior y anula los efectos transformadores que la experiencia pueda tener en su vida personal.

Para la organización o comunidad de acogida, los efectos de una mala experiencia misionera pueden ser también graves. A veces, la presencia y comportamiento de los voluntarios/cooperantes repercute en una mala imagen o en un descrédito de la comunidad de acogida. A veces, el efecto es al interior de la comunidad, produciendo conflictos entre sus miembros y con los voluntarios/cooperantes, que afectan de diversa forma a los consagrados nativos y a los misioneros.

Para presentar los aspectos claves, me detengo sobre los tres sujetos que intervienen en la experiencia misionera: el voluntario/cooperante; la organización que promueve la experiencia; la entidad o comunidad que acoge al voluntario o cooperante.

Aspectos claves en el voluntario / cooperante

La motivación: La persona ha de tener claro qué motivación/es la impulsa/n a ser voluntario/cooperante y, aún mejor, a ser voluntario misionero.

Algunas motivaciones posibles son:

- Por su propio proceso de maduración personal.
- Por solidaridad y convicción de que otro mundo es posible.
- Por creencias religiosas.
- Porque cree en que se puede transformar la sociedad y quiere hacerlo.
- Por sus valores e ideales de justicia y paz
- Porque juntos podemos hacer mucho más.
- Porque me sobra tiempo y no sé qué hacer.
- Por ampliar relaciones y conocer gente. Para vencer la soledad.
- Porque necesito sentir que pertenezco a un grupo.
- Para huir de mis problemas y/o como terapia de recuperación psicológica.
- Por vacío, insatisfacción o hastío de la vida.
- Para probar cosas nuevas.
- Por auto-gratificación personal: muy común en los voluntarios expatriados que “van a salvar el mundo”.

Las motivaciones normalmente nunca son “puras”. Siempre hay una combinación múltiple.

En el caso del cooperante, puede tener alguna o algunas de las motivaciones listadas más arriba, además de otras dos que suelen ser las motivaciones principales: necesidad de trabajo y compromiso consecuente con un proceso vital.

La primera se ve favorecida por ser el *Tercer Sector*, uno de los “nuevos yacimientos” de empleo, con un fuerte potencial de crecimiento³. Numerosos agentes impulsan a determinados colectivos: la juventud, la mujer y los inmigrantes de los países empobrecidos, a buscar trabajo en ONGs. Entre estos agentes destacan: el Estado y las administraciones públicas autonómicas y locales (que crean también sus propios puestos), la universidad y otras entidades privadas de formación.

La segunda es potenciada sobre todo por las experiencias previas de voluntariado, por la pertenencia a grupos, movimientos o comunidades cristianas. Pero también pueden ayudar condicionantes externos, como la ya mencionada laicización de la sociedad.

Por supuesto, es muy importante que la propia organización promotora de la experiencia, sea esta una parroquia, diócesis, congregación o una ONG, sepa cuál es la motivación del voluntario/cooperante y realice una buena selección, porque la motivación idónea, casi la única que a mi juicio permite al voluntario/cooperante afrontar la experiencia misionera con perspectivas de un compromiso cristiano

³ Actualmente casi el 3,5% del empleo en España lo proporcionan las asociaciones, fundaciones y otras entidades sin ánimo de lucro. Esther Camuñas. www.consumer.es.

posterior, es que sea fruto de un discernimiento dentro de un proceso de maduración personal.

Sin embargo, resulta difícil que el voluntario/cooperante sea realmente sincero en esta cuestión, lo cual dificulta, pero hace más necesario, realizar un buen proceso de selección.

Desde luego, las motivaciones por las que el voluntario/cooperante busca primordialmente un remedio o un beneficio para su persona no son adecuadas para ser voluntario misionero. Este es el aspecto fundamental en la persona que solicita la experiencia misionera. Tener personalmente clara la motivación y expresarla sinceramente a la organización de acogida serán factores de éxito.

Hay otros aspectos que la persona que va a realizar la experiencia misionera también tiene que haber reflexionado y definido previamente. Son aspectos más prácticos, casi requisitos o condiciones para realizar la experiencia, pero a veces se dan por supuestos o no se toman suficientemente en consideración ni por la persona, ni por la organización promotora. Los señalo a continuación:

- Estar dispuesto a integrarse en un equipo. El voluntario no puede ni debe jamás trabajar por su cuenta. No es un “francotirador”. Su labor ha de ser dentro de un equipo y debe estar dispuesto a integrarse en él. En otro caso, el voluntario acabará “quemado” y su labor perjudicará a los potenciales beneficiarios. El individualismo está reñido con la acción misionera. Uno se inserta en un proceso donde encuentra cosas ya hechas y debe pensar que otros continuarán. Además, implica trabajar de forma organizada, por objetivos y estando dispuesto a evaluar su trabajo.
- Lógicamente, la otra cara de la moneda es que la organización nunca debe ofrecer las experiencias de voluntariado misionero sin la debida organización, planificación y evaluación. Tampoco debe poner al voluntario en el desempeño de su labor, en una situación de “aislamiento”, algo que, por las ‘urgencias’ de la misión, no es tan infrecuente.
- Tener una disponibilidad concreta. La persona debe reflexionar, y prudentemente decidir, cuánto tiempo puede o desea dedicar a su labor de voluntariado/cooperación y concretarlo lo más posible: sean días, meses o incluso años. Si no se da un mínimo de disponibilidad de tiempo o forzosamente debe quedar inconcreto, es mejor no insistir en realizar la experiencia. ¡Cuántas veces, sin embargo, las organizaciones, a fuerza de flexibilizar, organizamos grupos para estancias cortas de verano, en los que dos personas van antes y tres van después! Unas están tres semanas, otras cuatro, otras todo el tiempo, y vuelve cada uno por su lado. La continuidad y la perseverancia en el compromiso son fundamentales.

- Saber lo que se quiere hacer: en qué queremos comprometernos. Oportunidades para ayudar y colaborar y campos de acción hay muchos. Es importante discernir personalmente que efectivamente lo que queremos es colaborar en cooperación al desarrollo o con la misión *ad gentes*. El voluntario “me da igual” suele ser problemático. También es importante saber qué actividades prefiero realizar: administrativas, técnicas, especializadas... Cuanto más claro se tengan estos aspectos a nivel personal y mejor se expliquen a la organización de acogida, más fructífera será la experiencia de voluntariado/cooperación. Cuanto menos se haya reflexionado sobre el particular, mayor tendencia a “probar” y más lábil será el compromiso.

En este sentido hay una dificultad sociológica añadida, que muchas organizaciones venimos percibiendo en los últimos años, cual es el “consumo de experiencias”. En esta sociedad de consumo, los jóvenes y los no tan jóvenes se han acostumbrado a poder elegir casi a la carta: estudios, ocio, relaciones... ¡todo! Hay muchos que nos piden participar en una experiencia misionera sin mayor horizonte que incorporarla a su elenco de experiencias personales.

- Reunir las condiciones. En primer lugar, físicas. Esto supone ser consciente de las limitaciones que se tienen y, en su caso, enfermedades que se padecen, y su posibilidad de tratamiento durante la experiencia. Además, es necesario ser persona equilibrada psicológica y afectivamente. El voluntariado no es una forma de terapia ni un refugio. Es importante también, y muchas veces no se le da relevancia, tener garantizadas las necesidades básicas. Es difícil el don personal gratuito en condiciones de precariedad socioeconómica. En este aspecto, las organizaciones deberían desanimar al futuro voluntario si este no lo hace.
- Saber dónde uno solicita ser voluntario/cooperante. La experiencia misionera se hará en una organización. Es fundamental que el voluntario/cooperante conozca bien la organización que le acoge: identidad, fines, campo de acción, etc., y lógicamente sintonice con ella.

Aspectos claves en la organización que promueve la experiencia misionera (ONG, congregación, movimiento, grupo, etc.)

Cuatro son las cuestiones claves, a mi entender, en la organización promotora de las experiencias misioneras.

Tener una política clara al respecto

Es sin duda lo primordial desde el punto de vista de la organización. ¿Quiero ofrecer experiencias misioneras? ¿Por qué? ¿Para qué? Según los objetivos que la organización se fije, deberá definir unas modalidades de experiencia misionera y,

además, para cada una de ellas deberá proveer los medios y recursos, también económicos, que sean necesarios.

Lógicamente, no es lo mismo una experiencia misionera cuyo objetivo es fomentar el compromiso posterior con la propia organización, que aquella que pretende ser una nueva manera, adaptada a los tiempos que nos toca vivir, de llevar adelante la acción misionera. Para cada una de ellas, habrá que ofrecer una experiencia distinta, con condiciones distintas y diferente necesidad de medios y recursos.

Esta política, la respuesta a estas preguntas, es muchas veces difusa, vaga y, las más de las veces, aunque sea clara, no la sometemos a evaluaciones sucesivas con el paso del tiempo y las experiencias. En este sentido es deseable revisar y evaluar la política de voluntariado de la organización cada cinco o seis años.

Uno de los peligros que tenemos es, sin duda, responder afirmativamente, llevados por la presión social imperante (“todo el mundo tiene voluntariado”; “todo el mundo ofrece experiencias misioneras”) o por las posibles ventajas que se puedan obtener, por promover experiencias de voluntariado/cooperación, en particular: visibilidad social, reconocimiento y/o dinero de la Administración Pública o del sector empresarial.

Proporcionar formación específica, que prepare para la experiencia

Quizá sea este el aspecto en el que la opinión sobre su importancia es más unánime. Lo demuestra la enorme y variada oferta de formación disponible. Sin embargo, hay dos cuestiones que toda organización debe tener claras: qué formación mínima deben tener mis voluntarios/cooperantes para cada modalidad de experiencia misionera, y la exigencia irrenunciable de que la formación se haga. En las dos cosas solemos fallar las organizaciones misioneras. No solemos definir la formación mínima y sus contenidos, y en el caso de que hayamos definido qué formación queremos que tenga cada uno de nuestros voluntarios/cooperantes, después, por la urgencia de la tarea o por garantizar que la propia experiencia misionera se lleve a cabo, en la mayoría de los casos, no la exigimos.

Al respecto de la formación mínima, esta debe diseñarse de tal forma que no solo aporte conocimientos prácticos sobre la zona geográfica a la que se va, la tarea por realizar, el concepto de misión y/o cooperación al desarrollo u otras informaciones prácticas, sino también de manera que ayude a las personas a discernir y explicar sus motivaciones y actitudes. El proceso de formación se convierte así en una herramienta muy útil para realizar la necesaria selección de las personas que son aptas para la experiencia.

También la formación debe aprovecharse para transmitir claramente información básica sobre la organización promotora, sobre los objetivos que persigue con la experiencia misionera y sobre las actitudes que mantener y los

compromisos que la persona adquiere por hacer la experiencia con la organización. A modo de ejemplo ilustrativo, a continuación se reflejan las actitudes básicas y compromisos que ARCORES pide a sus voluntarios, que participan en las experiencias de voluntariado misionero de corta duración⁴.

En cooperación, como advertía san Vicente de Paúl, es más importante cómo se da que lo que se da. Las actitudes básicas que veremos a continuación son las que emanan de las reflexiones previas y de la experiencia de años en Voluntariado Internacional, propia y de entidades de REDES.

De los objetivos y compromisos

- El encuentro es la clave y el propósito: Ver, oír, gustar, oler, tocar..., callar y reflexionar e interiorizar.

El proyecto de voluntariado es una oportunidad, un privilegio que tenemos, de entrar en contacto directo con una realidad concreta de unas personas, un pueblo, un país empobrecido que lucha por su desarrollo.

Debemos aprovecharla al máximo. Estar alertas, abiertos a recibir por todos los sentidos. Dejarse tocar por la realidad y por las personas. Vivir con intensidad la presencia y la cercanía de los otros y su realidad. Es una oportunidad para aprender, ¡aprovéchala!

En el trabajo de voluntario se recibe más que se da, si se tiene los poros abiertos y se aprovecha la enorme suerte de vivir inmerso en otra cultura. No podrás hacerlo si estás inmerso solo en ayudar, en hacer cosas, en completar trabajos, tareas.

Es tu oportunidad para comprender otra cultura y otros valores. Además, puedes contemplar tu cultura de procedencia con distancia, con otra mirada, oportunidad única para aprender de tu país y de ti mismo.

Este es nuestro verdadero protagonismo: ser testigos, para poder ser difusores y sensibilizadores.

- Reflexiones sobre el trabajo que haremos: Nuestro trabajo es importante, pero no es lo importante.

Es importante trabajar en lo que nos encomienden, como un equipo, con alegría y poniendo lo mejor de nosotros mismos (profesionalidad). Pero las preguntas: ¿Para qué sirve nuestro trabajo? ¿Por qué nos piden trabajar o hacer tal o cuál tarea? ¿Esto no lo podrían hacer personas de aquí?, etc., no son importantes. Son estériles y prescindibles. Solo se dirigen a nuestra propia autosatisfacción utilitarista.

No somos imprescindibles. Gracias a nosotros, poca cosa se hace en esos 30-40 días. No estamos aquí para “salvar” a nadie. Hemos venido a compartir, a dejarnos

⁴ Documento *Actitudes Voluntariado ARCORES España*, que se incluye dentro de la *Oferta Voluntariado ARCORES España*.

convertir el corazón por la presencia concreta del otro que sufre y al que queremos ayudar. Somos testigos. Esa es nuestra razón de estar.

La gente no valora nuestro trabajo. Valora nuestra presencia. Nuestra renuncia a otro tipo de descanso por acercarnos a ellos, por estar con ellos, por compartir con ellos, y por ser correa de transmisión y motivo de esperanza, pues reconocen en nosotros el rostro de un aliado que estará con ellos en el futuro colaborando con sus esfuerzos de desarrollo.

Algunas claves para nuestro trabajo

- Ayuda a la comunidad local que te acoge a protagonizar el proyecto.

Hay que trabajar bien, sí, pero siempre y cuando esa actuación sea entendida y compartida por la comunidad local. En caso contrario, es preferible que se haga algo que, a juicio del voluntario, que no tiene por qué ser el mejor juicio, sea peor, si es así la voluntad de la comunidad. El futuro de cada lugar debe ser decidido por los habitantes e instituciones de ese lugar. Hemos de huir de la hipersolidaridad, la hiperlaboriosidad, la hiperpaternalismo

- Estimular que crezca en la comunidad local la confianza en sí misma y su autoestima.

Durante el tiempo que estemos en la comunidad, debemos hacer un esfuerzo por valorar lo que las personas con las que nos encontremos son, lo que ya hacen para mejorar su bienestar y desarrollo, lo que existe ya y han logrado, lo que saben. Ese es nuestro punto de partida.

Debemos huir de comentar, de resaltar, de notar entre nosotros y con ellos: las carencias de la comunidad, lo que la gente no hace o no ha hecho, sus deficiencias y defectos. Muchas veces manifestamos esto, simplemente hablando de forma continua de: ‘En España esto’, ‘En España aquello’...

- No ayudar a quien no se ayuda a sí mismo.

Quien no se ayuda a sí mismo no tiene derecho a solicitar ayuda, y no es justo dársela cuando hay gente que se esfuerza en soledad sin recibir ninguna ayuda, ninguna mano amiga. Nosotros sumamos nuestros esfuerzos a los de aquellos que ya se esfuerzan.

Desde la experiencia

- Ser respetuosos, flexibles y humildes.

Respetuosos, en dos sentidos. Primero con el modo de vida y respuestas ante la vida de las personas que visitamos. Las grandes preguntas del hombre tienen diversas respuestas posibles. Nuestra verdad no es la Verdad. Segundo, con el contexto concreto en el que viven en este momento. Por ejemplo, es frecuente ir a lugares con escasez de agua. Por eso, es muy importante el uso racional e incluso

austero del agua y las actitudes austeras en general. (Incluso en el ámbito privado. Cuando nadie nos ve).

Flexibles. Estamos en un contexto frágil. Donde existen graves problemas, deficientes infraestructuras... Por eso, debemos estar preparados para que nada se desarrolle como nos lo contaron antes de salir o para que vaya cambiando a lo largo de nuestra estancia. Aceptarlo de buena gana y asumirlo en grupo como una experiencia más de aprendizaje del proyecto, es la mejor actitud.

Humildes. Habrá muchas cosas que no entendamos. Decisiones que no compartamos. Modos de trabajar y de organizar el trabajo que nos parezcan equivocados y/o absurdos. Ante estas situaciones cotidianas, nuestra reacción debe ser la aceptación. No tratemos de sugerir, de opinar, no tomemos iniciativas por nuestra cuenta, a no ser que seamos expresamente invitados a hacerlo.

- Ser coherentes en nuestro comportamiento con lo que se espera de nosotros.

Vamos con una entidad que tiene unas determinadas características, visión y filosofía. Nos acoge una institución que, a su vez, también tiene unas características, visión y filosofía concretas que conocemos.

La gente espera, pues, incluso asume, que nos comportaremos en todo momento de forma coherente con esa filosofía, visión y características. No hacerlo así es causar un grave perjuicio a la labor futura de la institución de acogida y a la imagen de la entidad que envía el grupo.

- No “engancharnos” en el problema particular de una persona o familia.

No será extraño que personas concretas, religiosos de la comunidad, personas que hemos conocido, etc., nos pidan ayuda económica durante el proyecto y después. Nuestra respuesta debe ser siempre que la ayuda que damos se canaliza a través de la entidad que nos envía. Las ayudas personales no resuelven nada a largo plazo y sí generan dependencia en el beneficiario.

- No establecer relaciones económicas personales y/o grupales a futuro de carácter exclusivo. (Sobre todo, nunca en nombre de la entidad con la que vamos).

Esta es una tentación habitual. Conocida una realidad, nos “encariñamos” con ella y nuestros esfuerzos al regresar se vuelcan en organizar ayudas para esa realidad exclusivamente. Todo lo que organicemos debe servir para ellos. Incluso organizamos esquemas de recaudación de fondos exclusivos para la misión o el proyecto en el que estuvimos. Esta actitud es empobrecedora y reduccionista, y perjudica la eficacia de la labor global de la entidad.

- No aceptar proyectos para entregar a la vuelta en España.

Ni de la comunidad de acogida ni de nadie. Nuestra respuesta ha de ser que el canal de colaboración ya está abierto y disponible, y es conocido, y consiste en presentar el proyecto a la entidad que nos envía o a través de ARCORES Nacional.

- Respetar las normas y cuidar de nosotros mismos.

Es muy importante respetar las indicaciones que se nos den, aunque parezcan ridículas. Es imprescindible cuidar debidamente nuestra salud y no descuidarnos en ello. Una persona enferma genera multitud de dificultades (y gastos) en la institución de acogida y en el equipo.

- No “explorar” por nuestra cuenta.

Siempre que queramos hacer algo en nuestro tiempo libre, consultarlo primero con el responsable del proyecto a nivel local y seguir sus indicaciones. No nos confiemos. Las cosas no son como en nuestro país de origen.

- La clave: las relaciones entre nosotros.

Además, debemos dedicar tiempo a reflexionar juntos lo que vamos viviendo. A orar juntos y con la comunidad lo que vivimos. A tener tiempos de silencio, de interioridad. De escribir, de pensar.

Con todo, y después de haber dejado claro mi convencimiento de la necesidad de una formación específica, cuidada y obligatoria, creo necesario advertir que la formación no es la panacea. La formación por sí sola, si faltan los otros elementos claves, especialmente la acogida y el acompañamiento personal, no es nada.

Cuando la persona llega a la nueva realidad, es cuando debe reaccionar y ubicarse adecuadamente dentro de ella. La formación recibida le será útil a modo de armazón estructural al que asirse o guía para actuar, cuando las cosas vayan mal o ante situaciones inesperadas, solamente si encuentra unas condiciones mínimas para tenerla en cuenta.

Si la persona se encuentra sola o aislada, si no tiene espacios donde dialogar y compartir, en definitiva, si no hay quien la acompañe en su experiencia, la formación no será útil. La persona reaccionará conforme a sus propios esquemas atávicos, miedos, apriorismos, etc., sin confiar en la formación recibida.

Disponer de estructuras de acogida y acompañamiento

Esta cuestión es sin duda la cuestión clave más descuidada por las organizaciones que promovemos experiencias misioneras. Sin embargo, es la que aparece más clara cuando se evalúan las experiencias. Me centraré a continuación en el acompañamiento, entendiendo que la acogida es más sencilla de resolver en las organizaciones, pues se trata de atender, informar y responder con claridad, transparencia y esmero a aquellos que se acercan a nuestra organización.

Es absolutamente necesario que las experiencias misioneras sean debidamente acompañadas: en su origen y preparación, en su realización y en su evaluación y seguimiento posterior.

Para un buen acompañamiento, es preciso:

- Acompañar los procesos de voluntariado, facilitando un compromiso más profundo, y generar una mayor responsabilidad y una participación activa en la organización.
- Apoyar la construcción de equipos sólidos en los que las personas voluntarias se sientan plenamente integradas.

Para ello, hay que organizar estructuras, pero, sobre todo, destinar y preparar personas concretas.

Las organizaciones que promovemos experiencias misioneras debemos constituir equipos de personas específicamente preparadas, que se encarguen de realizar el acompañamiento de la experiencia. Dicho acompañamiento se torna más necesario y más exigente para la/s persona/s que debe/n hacerlo, si la experiencia misionera es individual y de larga duración.

No debería de haber grupo de voluntarios de corta duración, ni voluntario/cooperante de larga duración que afronte la experiencia desde su mismo origen sin una persona o equipo que le acompañe en la misma.

Igualmente, no evaluar la experiencia con la/s persona/s que la ha/n realizado, ni tener una preocupación por el seguimiento posterior de lo que ocurre en sus vidas (el famoso proceso de “descompresión” o “retorno a la realidad cotidiana”) es un factor determinante para malograr las posibilidades de un compromiso misionero a raíz de la experiencia y también imposibilita aprender de los errores y mejorar la oferta misionera que hacemos.

Facilitar el compromiso

Es una constatación de mi propia experiencia de trabajo en este campo, que muchas personas que han realizado experiencias misioneras no se comprometen, porque no encuentran donde hacerlo. Las organizaciones que ofrecemos experiencias misioneras y que lo hacemos con el objetivo de fomentar el verdadero compromiso misionero, nos olvidamos de poner al alcance de las personas, una vez concluida su experiencia de voluntariado misionero, propuestas de trabajo, espacios de colaboración para ejercer el compromiso como desean. Finalmente, buscan durante un tiempo, a la vez que viven la tensión interna de la adaptación tras el regreso a la vida cotidiana, y si en esos primeros meses no encuentran facilidades, terminan por desistir y volver a su rutina de siempre.

Una buena manera de facilitar ese compromiso posterior es programar, durante el primer año después de la experiencia misionera, encuentros con los

voluntarios/cooperantes que sean espacios de encuentro entre ellos, de reflexión y de preparación de acciones de difusión y divulgación de la experiencia.

Igualmente, el equipo encargado del acompañamiento, debería estar disponible, o mejor provocar el encuentro con los voluntarios para, entre otras cosas, informarles sobre posibles espacios y lugares de compromiso.

Asimismo, está demostrado por la experiencia que el compromiso duradero con la solidaridad y el trabajo por la justicia, tras la experiencia misionera vivida, es más fácil si el voluntario ya pertenecía a algún grupo, comunidad o servicio profesional integrado dentro de la entidad misionera con la que se realizó la experiencia. En el caso concreto de ARCORES, si ya se trabaja en un colegio o se forma parte de un grupo o comunidad de la familia agustina recoleta.

Por último, es importante no olvidar que, independientemente de que se ofrezcan experiencias misioneras o no, considero que es una obligación de las ONGs vinculadas a entidades misioneras el ser cauce para la participación de todos aquellos que desean vivir la solidaridad auténtica en el ámbito de la Misión, y específicamente de aquellos a los que *pinchamos* para que se comprometan a través de la realización de experiencias misioneras.

Aspectos claves en la entidad o comunidad que acoge la experiencia misionera (ONG, congregación, movimiento, grupo, etc.)

En el diseño y programación de las experiencias misioneras, hemos pensado poco en el papel que debe jugar este sujeto, que es esencial para su realización y que, a la vez, es muy “sensible” tanto a las buenas como a las malas experiencias misioneras.

Con el paso de los años y a base de la experiencia, sobre todo negativa, hemos aprendido que la entidad de acogida juega un papel protagonista en estas experiencias y es necesario que todos seamos conscientes de ello.

Merece la pena que la diócesis, congregación o entidad de Iglesia que acoge voluntarios/cooperantes lo haga tras una reflexión que, al menos, le permita definir dos aspectos claves. Asimismo, procure actualizar esa reflexión periódicamente. Cada cinco o seis años puede ser un periodo idóneo.

Definir una política clara al respecto de las experiencias misioneras

Así como la organización promotora debía interrogarse sobre sí: ¿Quiero ofrecer experiencias misioneras? ¿Por qué? ¿Para qué?, y fijarse qué objetivos persigue con estas experiencias y, según eso, qué modalidades puede ofrecer, exactamente lo mismo debe preguntarse la entidad de acogida.

Hasta ahora, la respuesta más común es que acepto estas experiencias misioneras, porque una entidad que me ayuda con medios económicos en la realización de proyectos y programas o en el sostenimiento de la misión me lo pide.

Subyace el temor de que denegar la petición suponga una menor o “más fría” colaboración económica.

Esta razón, que es muy difícil de erradicar por la entidad promotora de las experiencias, por mucho que podamos decir, ha hecho mucho daño a las experiencias misioneras y a la vida de las propias comunidades de acogida.

Por otro lado, tal y como se vislumbra el panorama de la Misión para las próximas décadas, esta razón no puede sostenerse más. Urge que las entidades de acogida en los países de misión decidan si quieren o no estas experiencias misioneras en función de sí mismas y de la misión “ad gentes”.

Constituirse en verdaderas comunidades de acogida

Una vez realizada la reflexión propuesta en el epígrafe anterior, si la respuesta ha sido afirmativa, las comunidades que libremente han decidido que desean aceptar experiencias misioneras, deben constituirse en verdaderas comunidades de acogida.

Esto significa prepararse para ello y asumir que la vida comunitaria debe cambiar, porque nos abrimos al encuentro y presencia de otras personas que vienen a enriquecerse con nosotros y a enriquecernos.

En lo concreto, cuando menos la comunidad de acogida debe tener:

- un responsable del grupo o de la persona que viene. Me refiero a las cuestiones prácticas cotidianas. El trabajo, el alojamiento, la manutención, el ocio, las comunicaciones, la atención a la salud, etc. Esta persona debe también ser el interlocutor con la organización promotora y el responsable de evaluar la experiencia con los voluntarios/cooperantes y con la organización promotora. Debe participar en los procesos de evaluación que tenga establecidos la comunidad promotora;
- un responsable del acompañamiento. Puede ser o no la misma persona que en el caso anterior. Aunque a mí me parece que la implicación de otros miembros de la comunidad en esta tarea es muy positiva. Esta persona está atenta y disponible a “guiar” la experiencia, y favorecer la vivencia y comprensión de la misma en clave de crecimiento personal y, por qué no, de discernimiento vocacional;
- espacios de encuentro con los voluntarios/cooperantes como comunidad: oraciones, planificación del trabajo, “salidas comunitarias”. Muy importante es que estos espacios los defina la comunidad y no sean forzados por los voluntarios o por la propia dinámica de la experiencia misionera.

A mi juicio, en la reflexión que puedan hacer las entidades de acogida, se juega buena parte del futuro de las experiencias misioneras, si queremos que sean impulsoras del compromiso personal y relevantes para la Misión.

REPERCUSIONES DE ESTAS EXPERIENCIAS EN LA VIDA PERSONAL Y COMPROMISO CONSIGUIENTE

Si la selección de los participantes se hace bien, si se cuida la preparación de la misma (especialmente la formación), si se es claro con el objetivo que se persigue y si la experiencia se acompaña bien en su realización, entonces las personas que la realizan:

- Son sacudidas por la realidad que han vivido e impelidas a una transformación personal gradual, no exenta de tensiones. Se debaten entre volver al estilo de vida individualista, consumista, de lo “efímero” o adoptar una vida verdaderamente solidaria, empeñada con esfuerzo y en compañía de otros, en el bien común.
- Adoptan actitudes austeras en su vida personal, porque relativizan enormemente la felicidad radicada en el poseer y el consumir. En este aspecto crecen por pequeños compromisos, que comienzan con no desperdiciar la comida o malgastar el agua, continúan por el reciclaje y la reutilización, siguen por el consumo responsable, y llegan al uso ético de sus ahorros.
- Se vuelven personas más abiertas, que no se aferran a sus ideas o valores culturales, sino que están dispuestas a confrontarlos y viven disponibles al encuentro con el otro.

Todas estas actitudes y este nuevo estilo de vida de austeridad y compromiso solidario solo pueden perdurar si se viven en asociación con otros. Por ello, es crucial para las organizaciones misioneras no solo promover estas experiencias, sino sobre todo dar cauce a la incorporación en ellas de estos “nuevos misioneros”.

Actuando de esta manera, qué duda cabe que las instituciones religiosas, como la familia agustina recoleta, dialogan fructíferamente con esa cultura del voluntariado tan prodigada en los llamados países desarrollados, secularizados en gran medida, al tiempo que con esa cultura de la vulnerabilidad y acogida que requiere de nuestra presencia y de nuestra donación.

JAVIER SÁNCHEZ PORTELA
Director técnico de Arcores
Madrid (España)

